

**Propaganda y contrapropaganda: el cine bélico**  
**Análisis sobre la película: *Apocalypse Now***

José Font Gavira  
IES Alventus  
Trebujena (Cádiz)

**Ficha Técnica:**

**Título original:** Apocalypse Now.

**Nacionalidad:** norteamericana.

**Director:** Francis Ford Coppola.

**Guión:** John Milius.

**Fotografía:** Vittorio Storaro.

**Música:** Carmine Coppola, Francis Ford Coppola.

**Duración:** 141 minutos.

Intérpretes: Marlon Brando (coronel Kurtz), Robert Duvall (coronel Kilgore), Martin Sheen (capitán Willard), Frederic Forrest (Chef), Albert Hall (jefe Philips), Sam Bottoms (Lance B. Johnson).

## **INTRODUCCIÓN:**

En primer lugar, la película seleccionada no es una película bélica al uso. Ciertamente, retrata escenas y situaciones de la Guerra del Vietnam pero va más allá. Digo esto porque no sólo critica la guerra sino que muestra una de las consecuencias que se derivan de ella: la locura. Ésta se muestra desde el principio hasta el final del film y está desencadenada por la ruptura del contexto del individuo (familiar, profesional etc.), la alerta constante del ataque al enemigo y los peligros de un lugar inhóspito (selva) así como la distinción clara de civiles, militares, animales salvajes, bosques y “charlis” (miembros del Vietcong). Todo esto trae desde el principio de cabeza a los participantes de esta guerra. Guerra que se hizo eterna para los Estados Unidos de América. Guerra que no terminaba, no cesaba. Los protagonistas del largometraje comentan, murmullan y anhelan el fin de la contienda. Pero éste no se divisaba por ningún sitio, los “charlis” eran fuertes en su terreno: la selva y los “yanquis” eran débiles en la maraña de palmeras y arrozales. Era una interminable pesadilla.

Otro punto importante de la película es el río como metáfora de la vida, como camino hacia lo desconocido, lo ignoto. El río también es nuestro punto de partida y de retorno. La película tiene una estructura claramente circular. Parten hacia un punto y vuelven al punto de comienzo. La película tiene un excelente hilo conductor que navega por las aguas del río Mekong (en la película lo llaman río Nun pero lo he buscado por varias enciclopedias y el río que aparece en la película es el Mekong que limita con Camboya justo donde se encuentra el del film). El río es el narrador mudo que acompaña la voz en off del protagonista, el capitán Willard. Este capitán se embarca sin saber que va emprender un camino hacia el origen del hombre, un camino que redescubre el primitivismo del ser humano que

despliega una gala de instintos. En definitiva, un viaje al “corazón de las tinieblas” (obra de Conrad en la que se inspira Coppola). La película nos absorbe en una delirante percepción desde lo más moderno a lo más arcaico. De ahí, la crueldad humana tanto bélica como ritual. Tanto en los ritos primitivos como en los “ritos” de la guerra (combates) somos crueles. La muerte inunda la pantalla tanto en el bloque final (corazón de las tinieblas de lo inhóspito de la selva, de lo ancestral) como en el resto de la película.

En cuanto a las características propias del cine bélico como sucedáneo de cine de aventuras. También encontramos este rasgo en *Apocalypse Now*. El grupo de soldados que se enrola en la embarcación para proteger al capitán Willard en su misión secreta recorren el río “Nun” y van sorteando situaciones diversas como en las películas de aventuras. La aventura se transforma en un descenso a los infiernos que conforme se avanza, aparecen un grado mayor de crueldad y de muerte. Como en el género cinematográfico de aventuras, existe un objetivo o misión que hay que cumplir. En este caso, una misión secreta de la CIA: eliminar al coronel Kurtz. Existe un grupo inicial donde se van eliminando miembros hasta que queda únicamente el protagonista y algún que otro miembro. Esto es típico de las películas bélicas donde la emoción y el valor se concentran como elementos de gran tensión dramática y que separan secuencias. Claramente cada muerte de los miembros del grupo de la embarcación coincide con un capítulo de la aventura del río. El río “serpentea” como la vida y va dando vaivenes como ésta. En cada parada se queda algo pero también se gana algo como en la vida.

### **Análisis de *Apocalypse Now***

El arranque de la película es espectacular. El sonido de las hélices de los helicópteros salta al primer plano. Se superponen imágenes de la selva bombardeada, en llamas. El paisaje de palmeras junto con helicópteros bombardeando es tremebundo. Como complemento maravilloso aparece la música del grupo The Doors con su celeberrima canción “The end”. Aparece y desaparece de forma superpuesta la imagen del capitán Willard. El estribillo se repite una y otra vez en la conciencia del capitán: “(...) my only friend: the end (...)”. El pensamiento del capitán está envuelto en una nube de fatalidad, de muerte, de navío a la deriva, sin presente, menos aún sin futuro y con un pasado roto etc. La nebulosa de humo, de drogas hace una perfecta simbiosis con la música The Doors, de Jim Morrison. Este cantante también era un consumidor de drogas como el capitán. Hay un símil perfecto entre las hélices del helicóptero y las hélices del ventilador de su habitación. Metáfora del infierno que vive en su habitación, su conciencia, su pensamiento atormentando. La selva, las bombas, los helicópteros, el fuego, los tiroteos...todo está su habitación, en su cabeza, en su locura. La imagen boca abajo del Willard superpuesta a la habitación, a la selva en llamas... es magnífica para reflejar y destacar el torbellino de intranquilidad, el zumbido de las bombas que estalla en sus oídos, en su cerebro. Fuma impasiblemente sin saber qué va a hacer.

Aparece una panorámica que muestra las pertenencias: (fotografía de su mujer, agenda, documentos, reloj...) relacionadas con su contexto en EE.UU., con su vida civil, familiar, afectiva. A continuación, sigue la panorámica hacia el otro mundo: el alcohol, las drogas, la guerra, la locura, la carencia afectiva, la desestabilización. Las panorámicas sitúan al

protagonista en medio de dos mundos: su mundo afectivo, social, allí en EE.UU. y el mundo bélico, infernal de la guerra en Vietnam. Estas imágenes nos muestran la ruptura del individuo con su mundo, su contexto. De ahí, que un hombre pacífico, incapaz de matar una mosca pueda asesinar despiadadamente.

La voz en off del propio capitán comenta lo que ya las imágenes han mostrado: “cuando estaba allí quería estar aquí (...), quería volver a la jungla”. Cuando está en su casa piensa en su regreso a la guerra. La guerra crea dependencia, alienación en el individuo. Su familia es la guerra. Comenta que cuando estuvo en EE.UU. sólo habló con su mujer para decir “sí” a su petición de divorcio. Por lo tanto, el hombre se desvincula de la sociedad, la guerra lo ha atrapado. Esta idea es redundante en todas las películas bélicas: descontextualización y enajenación.

El capitán estaba desmoralizado esperando una misión. Al son de una música trepidante se desnuda y automutila con un espejo. Parece que está luchando con un enemigo. Finalmente, cae al suelo, drogado, borracho y expresando gestos de dolor y sobre todo: desesperación ante la espera. El único sonido es la música que expresa todo la ansiedad del protagonista. Él comenta: “las paredes se estrechan”, “cada minuto se vuelve más fuerte charli en la jungla y yo más débil en la habitación”. Toda esta escena comunica locura y desesperación.

El momento ha llegado. Oficiales del Ejército le comunican la misión secreta que es una “misión para elegidos”. Estos miembros militares escenifican lo absurdo del protocolo militar: el capitán exhausto, desnudo, ensangrentado y casi inconsciente y ellos, de pie y comunicando con rictus casi glacial las órdenes de los superiores. Cuando lo llevan a la ducha, grita ferozmente y suena de nuevo el ruido de hélices de helicóptero que

simboliza el horror de la guerra y el tormento interior que padece el protagonista.

La siguiente secuencia transcurre en el interior de una de las casas de un oficial del ejército estadounidense en Saigón. Las instrucciones para el desarrollo de la misión transcurren en un almuerzo distendido para relajar a Willard. De fondo, se escucha música suave, placentera. Nada que ver con la música rock, atormentada de la habitación del capitán. La comparación entre los superiores y el resto del ejército es clara. Ellos, los oficiales, viven lujosamente, sin sobresaltos y sin hacer trabajo de trincheras. El resto, tiene que hacer el “trabajo sucio”: combatir, pegar tiros, dirigir tropas por expugnables selvas etc. Le preguntan de forma cortés y protocolaria si se ha herido. Willard comenta que ha sido en un descanso mientras pescaba. De este modo, encubre, su delirio, su paranoia. La mesa está llena de los manjares propios de la opulencia: gambas, roast beef, salsas..., es decir, viven en una burbuja, ajena a la desgracia y la crueldad bélicas. Mientras comen, conectan la cinta magnetofónica con la voz del capitán Kurtz. Sus palabras no son nada halagüeñas: “debo matarlos, incinerarlos como cerdos; aldea tras aldea, vaca tras vaca, ejército tras ejército. Los asesinos acusan al asesino. ¡Mienten esos potentados!”.

Con estas últimas palabras, se refiere evidentemente, a los peces gordos que escuchan y comen distendidamente. ¿Por qué? Porque ellos ni combaten ni tampoco tienen que ir a eliminar a Kurtz. Para eso, ya se valen del pobre capitán Willard.

Vemos, otra vez, un recurso típico del cine antibélico: el contraste de los superiores y los inferiores en el rango militar. La guerra la hacen los soldados y los rangos inferiores que combaten y se llenan de lodo y sangre. Los jefes mientras dan órdenes comen plácidamente en sus lujosas casas.

Los oficiales comentan que Kurtz era un hombre brillante, humanitario y hasta con humor que se enroló en la fuerza especial. Sin embargo, sus “métodos” se volvieron absurdos. Comentan que se ha pasado a Camboya y que lo tratan como a un dios. El rebelde, el rupturista siempre paga los platos rotos. El ejército es férreo en su disciplina y en sus rangos. Así, Kurtz debía ser eliminado porque se había separado de la consigna oficial. Kurtz habla de asesinos contra asesinos. En una guerra, todo el mundo “asesina” o “será asesinado”. Por lo tanto, no hay buenos y malos porque todos han cometido crímenes. Pero no todos tienen el mismo cariz. Kurtz se había rebelado y eso había que combatirlo. Los oficiales hablan de la locura de Kurtz. Locura que tenían muchos en Vietnam, el propio Willard estaba desequilibrado por la guerra, estaba ausente, nublado. Ahora sólo tenía claro que debía eliminar a Kurtz, ese era su objetivo.

Ya Willard está en el río. Allí, reflexiona: “¿A cuánta gente habría matado yo? Pero ahora se trataba de un americano y un oficial. Sí, eso sí me importaba. Es cierto, que matar a alguien de aquí (vietnamita) era como poner multas en Indianápolis”. Estas reflexiones nos hacen constatar otro principio bélico: el enemigo, el otro, no es nada, no tiene valor. Las vidas sesgadas de miles de vietnamitas a manos del ejército de EE.UU. no tienen valor. Estos hombres y mujeres son como ratas. Sin embargo, la vida de un americano sí tiene valor. En la propaganda bélica, el enemigo es igual que un chinche, no es humano.

Ya en el patrullero con la tripulación. Se da cuenta de la juventud, inexperiencia y poca aptitud para la guerra de los tripulantes. Willard los describe como: “tengo críos como tripulación, rokeros con un pie en la tumba”. Cada uno de ellos tiene un perfil distinto pero un aspecto en común: no saben nada de la guerra y no quieren estar allí. Así, el “Chef”: “Es de

Nueva Orleans. Muy nervioso para Vietnam y muy nervioso para Nueva Orleans”. Por tanto, si ya de por sí en un lugar que no está en guerra es nervioso en un sitio bélico será muy más nervioso por lo que perderá fácilmente el control. El “Surfero”: “Es un surfer que no mataría a una mosca”. Este chico jovencísimo, alocado, sólo interesado en hacer surf, en la música. Nada responsable y muy distraído. Un soldado poquísimo preparado para situaciones límites como la guerra. El “Limpio”: “proviene del Bronx, hay mucha luz en Vietnam para él”. Viene de un barrio conflictivo, oscuro, lleno de edificios, de tugurios y de poca naturaleza. Vietnam llena de selva, ríos, con un clima distinto (mucho calor y humedad); es un sitio demasiado diferente como para que esté tranquilo y atento. Y por último, Philips “el jefe” que es el que lleva el mando del pequeño barco. Toda está adornada con la emisión de radio de una emisora del ejército norteamericano en Saigón que les hace recordad su “patria”. El clima se desarrolla relajadamente, el surfero hace surf molestando a los autóctonos con sus olas, los demás bailan al compás de la música ligera. Todos no saben adónde van, son ignorantes y con un pie en la tumba como decía Willard. Esta placidez es el preámbulo a la tempestad que les avecina. Este recurso es usado en muchas películas de cine antibélicas para denunciar esto mismo: las jóvenes vidas que siega la guerra.

Mientras, Willard va repasando el historial de Walter Kurtz. Su brillante carrera en el Ejército deslumbra a Willard (1.000 condecoraciones, Guerra de Corea etc.). Pronuncia Willard “me cautivó su hechizo”. Kurtz está rodeado de una áurea de misterio que atrae la atención del joven capitán. De este modo, la misión se transforma en un imán que atrae su espíritu hacia el punto donde está Kurtz. Así, los peligros y todas las situaciones que viven las vive de forma apartada, alejada como si él mismo fuera la cámara que filma.



La primera parada de la travesía del río “Nun” está a 30 kilómetros. Allí, les aguardan la 1ª Novena de Caballería. Le comentan a Willard: “esos chicos no saben estarse quietos, sólo buscan líos”. Por lo tanto, la locura no es sólo algo propio de Kurtz, sino algo que aparece propio de las guerras. Pero Kurtz no les interesaba porque se había desligado del ejército y hacía su propia guerra. Esta secuencia es sumamente jugosa. El dirigente de la sección de Caballería está totalmente ido, loco. No razona, hace lo que le place. Y para él, la guerra es un juego, como el surf. Se ven imágenes de una aldea incendiada, refugiados, muerte, cadáveres, gritos etc. El comandante va echando cartas de una baraja para que el enemigo se desmoralice y sepa que allí actuó el ejército norteamericano. Una estrategia de guerra psicológica, de propaganda. Hay una escena bastante reseñable. Se trata del hombre que se la saldrían las tripas si no fuera por que lleva sujeto los pantalones. Un soldado dice que es un enemigo y le lanza improperios. Sin embargo, el comandante es aún más cruel y le da agua porque dice que a un hombre que está en esa situación no se le niega el agua. Cuando en realidad, debería rematarlo para que no sufriera más. Ese momento me recuerda al cristiano instante de “Tengo sed” que pronunció Cristo cuando estaba crucificado en el Calvario y los romanos le dieron vinagre. En este caso, el comandante le va a dar el agua pero finalmente le hablan, la rocía, la esparce como gasolina y asunto acabado.

También, aparece la religión como salvaguarda de los valores de la civilización norteamericana, consagración de que la guerra no está mal, los malos son los vietnamitas. Otra técnica propagandista, “ellos son los impíos, los incivilizados”. Coppola ni critica ni juzga, muestra.

Otro capítulo importante es la fiesta playera en una especie de estadio improvisado multitudinario donde chicas conejito actúan para levantar ánimos en la tropa. La mujer aparece claramente como un mero objeto sexual. La guerra es de hombres, y por tanto, tenemos que animar a lo puramente masculino: sexo, alcohol. Clichés de los más conservadores pero que funcionan en las guerras y la propaganda. Las chicas animando a la tropa. Los soldados se revolucionan como animales en celo e instintivamente asaltan el escenario. Las chicas como tesoro que ver y no tocar se escapan en helicópteros. La guerra saca los instintos del ser humano. Las carencias afectivas y sexuales aparecen a borbotones.

El comandante del 9º de Caballerías los escolta pero en lugar de ir por un sitio más seguro elige el más peligroso, sólo porque existen olas de seis pies. A él no le importa el peligro, sólo quiere divertirse ya sea con surf o combatiendo contra los “charlis”. Responde con agresividad a la pregunta ¿cómo te encuentras? “como un hijo de puta”. La testosterona está a flor de piel. Asaltan la aldea al amanecer con un grupo de helicópteros. La música turbulenta aparece como símbolo del tormento del protagonista. La expectación está servida. Utilizan la música de Wagner como complemento al ataque aéreo. Wagner es un compositor alemán, muy halagado e idealizado por los nazis. Esta música es usada como fondo. La música los excita. Además está demostrado que el uso de la música desinhibe y motiva. Científicamente demostrado: escuchar música, especialmente clásica, hace que se viva más intensamente las emociones y activa las neuronas. El comandante comenta que a sus hombres les gusta y divierte y a los “charlis” les jode. La música alta de Wagner contrasta con la pacífica aldea en silencio que asaltan donde hay incluso una escuela.

Cuando aterrizan, hay un chaval que no quiere salir (no todos los hombres quieren guerrear, todo es aprendido). Una granada lanzada por los charlis llega a un helicóptero. El comandante comenta: “malditos salvajes”. Los malos son los otros, los enemigos, los incivilizados. Los buenos somos nosotros los americanos. Este es el pensamiento bélico. La propaganda bélica busca el maniqueísmo. El comandante surfero también comenta: “son subnormales perdidos, llenemos de bombas esos bosques”. Y una frase que no tiene desperdicio: “¿hueles eso, hijo?, nada en el mundo huele así. Comenta su experiencia en el asalto a unas colinas custodiadas por el Vietcong y prosigue: “huele...a victoria”. Es decir, el delirio de la guerra, de la destrucción, del triunfo. Sólo quieren ganar a costa de lo que sea. El comandante surfero sólo quiere divertirse.

Continúan el camino por el río. Se detienen en la selva a coger mango para el salsero Chef que desgrana sus aspiraciones como cocinero su incomodidad en el ejército. Ven a un tigre que los asusta y salen corriendo para el barco. El resto de la tripulación dispara incontroladamente sin saber a qué (locura de la guerra, la alerta continua al peligro). El barco aparece en ese momento como una metáfora de la prisión, la cárcel de la guerra, del ejército. Del barco no pueden salir porque el peligro acecha bien sea un animal salvaje, el Vietcong etc. La voz en off sigue con el relato y cuanto más cerca de Kurtz está, más lo admira y más desea llegar a su destino. El capitán está ajeno a todo, sólo tiene un objetivo: Kurtz.

La inspección de una embarcación de mercaderes vietnamitas es muy representativa de la incontrolable máquina de matar de la guerra. Ante la duda: dispara. Los vietnamitas eran sólo comerciantes que llevaban comida para vender. El jefe no conforme obliga reiteradamente al Chef a inspeccionar. El capitán está abstraído, sólo piensa en su objetivo sin imponer

orden. El caso es que disparan a los comerciantes y dejan moribunda a una mujer. El único gesto del capitán es rematarla para que no sufra. Impasible dispara fríamente. Una vez muertos todos los tripulantes de la embarcación vietnamita, entonces y no antes, descubren lo que creían sospechoso: un cachorrito de perro. El perro lo quiere el surfero que no le importa si ha muerto gente, como un niño (yo diría “niñato”) que es sólo quiere el perro como un juguete. El chef se da cuenta que el enemigo no es un alimaña y que hay gente civil inocente, pero sus palabras no son escuchadas, más bien sus gestos de dejarlos en paz.

La siguiente parada es en un puente vietnamita donde se libra una batalla. Los Vietcong son como “cucarachas” dice un soldado atrincherado. Animalización del enemigo. Un vietnamita pronuncia unas palabras en inglés: “te mataré, jódete, yanqui”. Efecto desmoralizador. La pantalla se llena de música de misterio, de oscuridad...porque el destino del capitán está cerca.

Leen el correo en el barco. En ese momento, el surfero enciende una bengala de humo violáceo que alerta de su presencia al Vietcong agazapado en la selva. Mientras tanto, el Limpio estaba oyendo una cinta que le había mandado su madre. La voz de la madre es melodiosa y muy cariñosa. Ella le va comentando sus proyectos futuros para cuando regrese. Mientras tanto el fuego enemigo se cierne sobre la embarcación. Matan a Limpio y cuando el fuego cesa, se oye la voz de su madre que le dice: “tu padre y el abuelo están ahorrando para un coche, será nuestro secreto (...), esquivas las balas. Te quiere mamá”. Un comentario bastante desgarrador cuando el espectador está viendo que el cadáver de Limpio está en la cubierta junto al magnetófono. Es un golpe de impacto que nos muestra que en la guerra no se tienen proyectos de futuro, no hay tiempo. No

existe el tiempo: sólo la guerra. Para más inri, la madre le comenta que cumpla sus deberes con la patria. Concepto bastante militar y criticado por Coppola a la luz de las imágenes.

La niebla cubre el río, se ven unas colinas cubiertas de espesa niebla y naturaleza salvaje. Tira el dossier sobre Kurtz. Parece que ya se ha estudiado todo el perfil del capitán Walter y que pronto se enfrentará a él. El misterio asoma por todos lados. Disparan flechas a discreción y matan a otro miembro de la embarcación, el Jefe. Cada vez quedan menos supervivientes de la pequeña embarcación. La muerte, el sacrificio primitivo, el rito se acerca en cuanto desembarcan. Les aguarda una comitiva de embarcaciones primitivas con indígenas que ni siquiera se enteran de que el hombre blanco existe. Los cadáveres asoman desnudos por las palmeras, cráneos humanos, muertos por todos sitios. La muerte se respira, se siente. Pero es la muerte de la locura, del ritual indígena. Los templos sagrados aparecen en el lugar donde está Kurtz. Un fotógrafo norteamericano que habla a toda prisa halaga desmesuradamente al capitán Kurtz, gesticula sin parar y dice que todos son hijos de Kurtz. Les comenta que una vez casi lo mata Kurtz porque le hizo una foto. Mientras dice esto, de fondo se ve un cadáver de una mujer. La muerte como sacrificio aparece por doquier. Tratan al capitán rebelde como un dios de una tribu primitiva al que hay que rendirle tributo y sacrificios de sangre. Willard para sorpresa suya identifica al otro militar encargado de la misión que él tiene encomendada ahora.

Llega Kurtz con un aspecto excéntrico similar al de dios primitivo. Hace prisionero a Willard, lo debilita y lo somete en una jaula. Es una especie de rito de iniciación. Lo deja débil, lo introduce al cabo del tiempo en el templo, es un proceso de purificación. Este hombre ya es uno de los míos. Le corta la

cabeza al Chef y se la deja junto a sus piernas. Willard se horroriza.

Kurtz es un hombre acabado. En el pugilato psicológico entre Kurtz y Willard, el primero hace justificación de su conducta mientras que el segundo escucha de forma obligada. En el momento en que Willard mata a Kurtz, su sangre significa el continuismo de su reinado del terror, a través de Willard. Me recuerda aquella fórmula francesa de sucesión que se invocaba cuando moría el rey y no necesariamente por causas naturales: *¡Le roy est mort! ¡Vive le roy!* Kurtz Esta escena representa la locura y la demencia, Kurtz no muere, la locura se perpetúa con Willard. Es la victoria póstuma de Kurtz sobre una guerra que le ha convertido en una víctima más.

La senda del río terminó. Y la misión o mejor dicho la vida de la misión también. Las últimas palabras de Kurtz: horror, horror...nos recuerdan todo el infierno de la guerra y las transformaciones que ésta hace en el ser humano.